

¿La productividad, motor del arte? ¡Por favor!

Leí hace un par de semanas en este mismo medio, una entrevista a un reconocido director y productor teatral nacional que me dejó atónito. En otras sociedades, sus palabras habrían sacado ronchas, sin embargo, en nuestro medio, no sé si por temor o por desinterés, ya no producen nada.

Sigo pensando que la indiferencia es el peor enemigo de la cultura. Siempre recuerdo las palabras de un maestro de la escuela de teatro que nos decía que las obras pueden ser amadas u odiadas, la gente se puede quedar veinte minutos aplaudiendo cuando se cierra el telón o irse a los veinte minutos de iniciada la obra. Pero lo que no puede suceder nunca, pero nunca, es la indiferencia.

Quiero explicar por qué no me parece razonable argumentar que los fondos públicos para la cultura, entiéndase Fondart, deben ser medidos únicamente bajo la lupa de la productividad. Primero, definamos qué es productividad en el arte y específicamente en el teatro. Según lo que se entiende a partir del artículo, tiene que ver exclusivamente con rentabilidad. Es decir, medir cantidad de público pagado en relación al costo invertido. Creo, y sé que muchas personas del medio estarán de acuerdo, que el retorno de la inversión no puede ni debe medirse únicamente por el retorno financiero. ¿Qué pasa con la inversión social, formativa?; ¿acaso el arte en sociedades como la nuestra ya no tiene misiones con respecto al diálogo, al cuestionamiento?.

Me parece legítimo que existan creadores dedicados a un teatro mal llamado “comercial”, ya que sus fines tienen que ver con la entretención, y por medio de ella, generar ciertas reflexiones con respecto a nuestra neurosis y disfunciones “sexuales-sociales”. Lo que cada día es más inaceptable para muchos de nosotros es la intolerancia que muestran algunos frente a lo distinto, a lo que no se puede moldear a los cánones de lo que la gente quiere. Con qué derecho, se atreven algunas personas a dictar cátedra sobre lo que debería o no hacerse en la gestión y producción cultural! En la universidad, en la primera clase, siempre les digo a los alumnos: la gestión cultural tiene que ver con la especificidad del lugar, del público, del artista, de la creación y del entorno. Por ende, el que trate de vender la gestión cultural o una forma de producción como una ley es un farsante.

Creo que el respeto a los demás pasa por entender que no hay mejor o peor teatro, sino que puede haber mejor gestión o producción, pero siempre dependiendo a quien se intenta llegar.

También escuché la crítica de la “amistocracia” del Fondart. Seguir con ese discurso añejo me parece no querer entender cómo funcionan las cosas. Llevo dos años de jurado nacional y puedo afirmar tajantemente, y los demás jurados son testigos, que si hay algo que ha definido la labor de María Eliana Arntz y su equipo, es la transparencia.

Por supuesto el Fondart es perfectible, pero no se puede desconocer que año tras año han sido más abiertos para recibir ideas. Cuando el crítico de arte Justo Pastor Mellado dice que hay que buscar una formulación de proyectos más libre, no tan formateada, me parece correcto. Sin embargo, esos fondos públicos por principio deben tener una cierta estructura para ser comparados unos con otros.

Estoy consciente de que otra consecuencia del funcionamiento actual del Fondart es que a los programadores, centros culturales y teatros nos deja un vacío de 5 meses, ya que todas las obras se estrenan entre agosto y enero. Habrá que buscar soluciones a estos y otros aspectos, pero afirmar que todo el sistema es de clientelismo, me parece de mal gusto y populista.

Para entender el sistema hay que querer participar en él. Sin embargo, cuando al creador aludido se le solicitó participar, nunca encontró el tiempo para hacerlo.

Ser evaluador o jurado es muy difícil, ya que nuestro mundo cultural es muy pequeño y uno termina indudablemente conociendo a la mayoría de los artistas. A pesar de eso

uno trata de ser lo más profesional en evaluar proyectos, porque uno no evalúa trayectorias o éxitos pasados, sino proyecto versus proyecto, teniendo en cuenta el impacto, la pertinencia, la viabilidad, el profesionalismo y la excelencia. Siempre se podrá argumentar que todos estos elementos son subjetivos; y desde la perspectiva que se mire siempre aparecerá como tal para los nofavorecidos. Teniendo los recursos que se tienen uno intenta ser lo más parcial posible. Si hicieramos el trabajo de medir bajo la mirada de la productividad y la rentabilidad económica, les puedo asegurar que se estaría matando la diversidad, y por ende la libertad de creación. Les aseguro que la individualidad es un bien preciado. El día que toda la música, las obras de teatro, las coreografías, la literatura, las artes visuales no tengan más su propio lenguaje, por la búsqueda imperiosa de la productividad económica habremos matado lo que define nuestra identidad cultural nacional.

Ernesto Ottone R.